

La Catedral de la Catedral La Catedral de la Catedral

Música Los alumnos que deseen hacer sugerencias o comentarios sobre nuestra programación pueden dirigirse por escrito a la dirección técnica de la UNED, apartado de correos 50487 de Madrid. Asimismo, las consultas urgentes pueden hacerlas por teléfono llamando al 244-0803. Repetimos, 244-0803 con el prefijo 91 de Madrid. Música

Escuchan las emisiones de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Música A partir de ahora da comienzo el curso de acceso para mayores de 25 años. Música Y entramos ya en la media hora final que diariamente ocupa el curso de acceso y que hoy estará dedicada a la asignatura de lenguaje. La primera parte del programa, que escucharán seguidamente, va a tratar sobre un texto de Juan Goitisolo contenido en su novela Señas de Identidad. Esta parte ha sido elaborada por el equipo docente de la asignatura de lenguaje. La segunda parte va a tratar de la obra de Martín Santos, Tiempo de escena. La tercera parte va a tratar de la obra de Martín Santos, Tiempo de escena. Y estará a cargo de la profesora María Paz. Música Música Música Música Música Música Música Música Música Música

Marsa Fajardo. Les dejamos entonces con señas de identidad de Juan Goitisolo. Habían contado una y mil veces las columnas del claustro, calculado el número exacto de adoquines del suelo, medido mentalmente los límites avariciosos y estrictos que los aprisionaban, corrido tras una mísera pelota de trapo, atisbado el cuadro azul infinito del cielo, espiado el vuelo libre y generoso de las aves, golpeado la cabeza contra las paredes, escupido sangre, corrido a paso ligero hasta perder el sentido, obedecido en silencio el llamamiento de la corneta, aguardado turno ante la sucia perola de rancho, destilado con monos harapientos. Después de la misa.

La historia de la tradición La historia de la tradición

El mordiente de sus ideas profanadoras, su voluntad de sacrificio, son los resortes que encrespan un estilo pocas veces conocido en las obras de posguerra. Ahora bien, no se trata únicamente de un estilista de categoría y de un autor herético y muy vigoroso. Goitisolo es también un renovador de las técnicas narrativas en funciones de abanderado de una causa abandonada en España. Su obra, muy traducida y comentada, ha sabido situarse por derecho propio entre la admirable producción de los Cortázar, Fuentes o Cabrera Infante, amigos personales de Goitisolo y a los que debe más de una colaboración en el logro de sus novelas. Muy posiblemente, Juan Goitisolo ha levantado más ampollas en la piel de los lectores españoles que en el mundo actual.

españoles que admiraciones. Su primera vinculación al realismo social no cuajó en obras definitivas. La posterior superación de esa modalidad narrativa fue lenta y difícil. Obras como Fin de fiesta o La isla pueden considerarse como pasos hacia una finalidad que no acaba de definirse. Son tres las grandes novelas que le han aupado a uno de los más importantes puestos de nuestra narrativa de posguerra. Señas de identidad a la que pertenece el texto que vamos a comentar, Reivindicación del Conde Don Julián, que es un lúcido e inquietante ensayo de destrucción y autodestrucción, y Juan sin tierra, un paso más, quizás sin salida, en ese difícil terreno de la inmolación literaria. Decíamos que tal vez la obra de Goitisolo haya herido más que entusiasmado. Efectivamente, para muchos es

posible que el furioso ejercicio sadomasoquista de muchas de sus partes, como la de la obra de Goitisoló, haya sido un gran beneficio para la humanidad. Y que la obra de Goitisoló, en sus páginas, sea más repulsivo que agradable.

no perdona demasiadas cosas a los herederos de una España falsa, brutal o provinciana. Qué duda cabe que Goitisoló pertenece a esa raza de españoles, apóstatas, que ejercitan su facultad de amar despedazando. La misma sangre de los Larra, los Quevedo. Precisamente esa es la forma incendiaria de reconstruir, arrasando. Una objeción fácil que puede ocurrírseles a muchos. ¿No es sencillo disparar tiros a todos los lados, llamar la atención? La respuesta que se nos ocurre es que Goitisoló puede ser un destructor profesional, pero sobre las cenizas de lo que ha quemado está siendo capaz de levantar un lenguaje estremecedor y hasta más acorde con las necesidades de nuestros días. Veámoslo en el texto que comentamos. Partamos de un hecho. La moza que Goitisoló puede hacer de acontecimientos, la ternura distante, la desesperación, la desesperación, la desesperación que pueda mostrar por unos presos. La soflama política que el texto puede contener no necesariamente es la que nos permite ver.

ha de estar acorde con nuestras convicciones. Esto nos sucederá a cada paso con Goitisoló, estemos situados a derecha, izquierda o en el centro. Y sin embargo, ¿podremos negar que lo que nos extraña, nos desplaza y nos hacen arcar las cejas en una primera lectura, termina por ser un cuadro espeluznante de una cárcel y de unos momentos finales de vidas humanas? Nos sentimos desorientados ante el texto. Aquí hay algo como versículos bíblicos, una organización que no es la convencional de la prosa. ¿Pero dónde están las señales ortográficas, nuestros tranquilizadores signos de puntuación? El texto carece por completo de ellos. Hay que disponerse a leer reconstruyendo la entonación y las pausas. Nos preguntamos cómo puede ser esto. Los adjetivos, los nombres, los participios se suceden sin ningún tipo de nexo. La escritura es jadeante. La escritura es jadeante.

El texto está articulado en tres unidades muy delimitadas. Primera, la presentación inequívoca de las circunstancias que van a delimitar los siguientes apartados. El eje articulador es la palabra repetida, hombres, y la contraposición hombres armados, hombres indefensos. Hay un artificio literario, la yuxtaposición de los elementos siguientes. Látigos, fustas, bastones, culatas, correas, botas, fusiles, tapias, cercados, aceras, muros. Pensemos en esta contraposición clarísima entre los elementos yustapuestos. Las armas de unos, las no armas de otros.

La segunda unidad en que se articula el texto es la vida de esos hombres indefensos en cárceles, calabozos, prisiones. El eje articulador es el verbo auxiliar habían, más una cadena de participios que constituyen una serie de pluscuamperfectos con el primer elemento elidido, salvo en un momento, se habían arrodillado. Los contrastes son muchos y muy dolorosos. Los actos y voliciones de los hombres indefensos se entremezclan. Su vida diaria y sus diversiones, la satisfacción precaria y tristísima de sus necesidades fisiológicas, las ceremonias, los castigos, los deseos, los sufrimientos, el suicidio, la condena. La enumeración, el conglomerado de la vida de unos hombres dentro de unos límites estrictos y avariciosos, no es simplemente caótica ni casual. La cuenta de adoquines, los pasos de los imaginarias, están unidos sistemáticamente a los deseos. Siempre que se han hecho los deseos, se han hecho los deseos.

calificados dentro del mismo campo. Límites estrictos, vuelo libre y generoso, cuadro azul infinito, mujeres inaccesibles. Este elemento angustioso de inaccesibilidad se repite en las tres unidades. Hemos visto algunos de los momentos de la segunda. En la primera también aparece. Cielo remoto, imposibles pájaros. En la tercera unidad explícita totalmente. Miraron por última vez el cielo, las nubes, los pájaros, todo aquello que de una forma u otra representaba para ellos la vida. Entramos en la...

La descripción de la tercera unidad del texto, los momentos finales de la vida de los condenados. El eje articulador es el empleo de los indefinidos como tiempo verbal, iniciando cada nueva línea versicular como lo hacían los participios en el caso anterior. Los contrastes, todo el apartado se encrespa en una sucesión de posturas encontradas. Precisamente este es el carácter de este último apartado, el crescendo final, la multitud de verbos y de actitudes. El resultado es la superación de los riesgos de una escena tópica, la reelaboración literaria de un lugar común literario trascendiéndolo. La técnica que Goitisó lo ha seguido para ello se concreta en tres momentos. Un primer momento que engarza con el sentido general de todo el texto, la vida representada en el cielo. Un segundo momento se desarrolla en el eje de las sucesiones, duermevela, cartas, lentejas con café, paredón. Para el dinamismo diacrónico de esta secuencia, el texto es un ejemplo de la vida de los condenados.

necesita Goitisolo una vez más de la justa posición de elementos. La madre, la mujer, la novia, los hijos. Esta comunidad plural y anónima, querida y vista desde lejos, se compone de hombres que caminan hacia su muerte. Vigilados, encuadrados, empujados, sostenidos. En esta última acumulación de participios se anticipa el tercer momento, la acumulación de acciones en el eje de las simultaneidades. Todos los verbos, todas las posturas ante la muerte, unas contra otras, hasta ese disfemismo final, vivo, tópico, estremecedor, innecesario. Y a continuación, el remanso de las frases cortas, de las frases definitivas y escuetas frente a la agitación anterior. Cayeron tronchados por las balas. La delicadeza en la aplicación de un participio que vegetaliza a los hombres indefensos es el último síntoma de la muerte. La muerte es el síntoma de una prosequilidad.

Calibrada, calibrada, segada más por la emoción de lo que dice que por el simple esnovismo o la técnica gratuitamente novedosa. Calibrada, calibrada, segada más por la emoción de lo que dice que por el simple esnovismo o la técnica gratuitamente novedosa. Calibrada, calibrada, segada más por la emoción de lo que dice que por el simple esnovismo o la técnica gratuitamente novedosa.

Y ahora es el turno de comentar la obra de Martín Santos, Tiempo de silencio. Los comentarios han sido elaborados por la profesora María Paz Marsá Fajardo. Iniciamos el espacio con la lectura del fragmento que vamos a comentar. Allí estaban las chabolas, sobre un pequeño montículo en que concluía la carretera derruida. Amador se había alzado, como muchos siglos antes Moisés, sobre un monte más alto, y señalaba con ademán solemne y con el estallido de la sonrisa de sus bellos,

gloriosos, el vallizuelo escondido entre dos montañas altivas, una de escombrera y cascote, de ya vieja y expoliada basura ciudadana a la otra, de la que la busca de los indígenas colindantes había extraído toda sustancia aprovechable, valiosa o nutritiva, en el que florecían, pegados los unos a los otros, los soberbios alcázares de la miseria. La limitada

llanura aparecía completamente ocupada por aquellas oníricas construcciones, confeccionadas con maderas de embalaje de naranjas y latas de leche condensada, con láminas metálicas provenientes de envases de petróleo o de alquitrán, con onduladas uralitas recortadas irregularmente, con alguna que otra teja dispareja, con palos torcidos llegados de bosques muy lejanos, con trozos de manta que utilizó en su día el ejército de ocupación, con ciertas piedras que eran las que se usaban para hacer el desastre, con ciertas piedras que eran graníticas, redondeadas de refuerzo, de cimientos que un glaciar cuaternario...

aportó a las morrenas gastadas de la estepa, con ladrillos de gafa, uno a uno robados en la obra y traídos en el bolsillo de la gabardina. Con cabeceras de cama estilo imperio de las que se han desprendido ya en el rastro los latones. Con latas amarillas escritas en negro del queso de la ayuda americana, con piel humana y con sudor y lágrimas humanas congeladas. Pero qué hermoso a despecho de estos contrastes fácilmente corregibles el conjunto de este polígono habitable. De qué maravilloso modo allí quedaba patente la capacidad para la improvisación y la original fuerza constructiva del hombre íbero. Cómo los valores espirituales que otros pueblos nos envidiaban eran palpablemente demostrados en la manera como de la nada y del detritus toda una armoniosa ciudad había surgido a impulsos de sus obras. Un ejemplo vivificador. Qué conmovedor espectáculo, fuente de noble orgullo para sus...

compatriotas, componía el vallizuelo cubierto de una proliferante materia gárrula de vida, destellante de colores que no sólo nada tenía que envidiar, sino que incluso superaba las perfectas creaciones, en el fondo monótonas y carentes de gracia de las especies más inteligentes, las hormigas, las laboriosas abejas, el castor norteamericano. Porque si es bello lo que otros pueblos aparentemente superiores han logrado a fuerza de organización, de trabajo, de riqueza y, por qué no decirlo, de aburrimiento en el haz de sus pálidos países, un grupo achabolado como aquel, no deja de ser al mismo tiempo recreo para el artista y campo de estudio para el sociólogo. ¿Por qué ir a estudiar las costumbres humanas hasta la antipódica isla de Tasmania? Como si aquí no viéramos con mayor originalidad resolver los errores de la historia de la humanidad. No podemos confundir los eternos problemas a hombres de nuestra misma habla. Como si el tabú del

incesto no fuera tan audazmente violado en estos primitivos tálamos como en los montones de hierba de cualquier isla paradisíaca. Como si la creencia en un ser supremo no se correspondiera aquí, con un temor reverencial más positivo, ante las fuerzas del orden público igualmente omnipotentes. Como si el hombre no fuera el mismo señor, el mismo en todas partes, siempre tan inferior en la precisión de sus instintos a los más brutos animales y tan superior continuamente a la idea que de él logran hacerse los filósofos que comprenden las civilizaciones. Síntesis temática de lo leído. ¿Está bien? Vamos ante una descripción paisajista.

muy peculiar. El autor no nos describe un paraje bucólico o una elegante zona urbana. En realidad lo que hace es mostrarnos con entusiasmo lo que podríamos definir como antipaisaje, representando como un logro positivo la capacidad de improvisación humana para resolver el vital problema de la vivienda. El pasaje encierra una profunda ironía que se pone de manifiesto en la segunda parte del fragmento al comparar a los habitantes de esta improvisada zona urbana con los aborígenes de las sociedades más primitivas que

imaginarse pueda, con las colectividades animales con un sistema de vida organizado. Análisis de forma y contenido del texto. Se inicia el fragmento con una oración exclamativa que preside todo el texto a manera de resumen. Allí estaban las chabolas, seguido de una comparación antitética que encierra una profunda carga cultural. La presentación que hizo

Moisés desde el Sinaí ante el pueblo de Israel de la tierra prometida y la que del valle achabolado hace amator con ademán solemne y con el estallido de la sonrisa de sus belfos gloriosos. Vemos pues que se rememora la gesta heroica a la vez que sagrada y se compara intencionadamente a su líder Moisés con el director de esta expedición, amator, para hacer más evidente el carácter nada glorioso de esta hazaña. Siguen los contrastes, se nos habla del vallizuelo, derivativo con una connotación entre ternurista y despectiva, escondido entre dos montañas altivas. La posición nos aclara inmediatamente la connotación del adjetivo, una de escombrera y cascote, de ya vieja y espoliada basura ciudadana a la otra, nueva acumulación de conceptos que dan una valoración profundamente negativa al sintagma montaña. Continuamos advirtiendo el duro sarcasmo con que son utilizados los términos de la palabra.

más adelante y dentro de la misma oración alargada intencionadamente por constantes incisos nos remite de nuevo al vallizuelo y termina con una brillante metáfora que merece que nos detengamos en su análisis en el que florecían pegados los unos a los otros los soberbios alcázares de la miseria hay que destacar el eufemismo tremendamente expresivo una prosopopeya con el que se refiere al objeto de su definición las chabolas todo ello profundamente contrastado con el contenido semántico del verbo florecían hace que la carga irónica que sustenta toda la frase adquiera un matiz esgarrador tras la presentación del escenario a que nos quiere llevar el autor prosigue el párrafo describiendo los materiales que han servido para la elaboración de las que llama utilizando nuevamente el eufemismo oníricas construcciones es decir de pesadilla hace el narrador una enumeración larguísima que nos vemos obligados

a reducir por el escaso espacio de que disponemos. El fragmento está construido con expansiones de complemento circunstancial de materia. El autor se recrea en la pormenorización de los detalles. Así nos habla de palos torcidos, trozos de manta, piedras graníticas, ladrillos de gafa, cabeceras de cama, latas amarillas, y termina el párrafo cerrando la enumeración con un último complemento que engloba a todos los demás, con piel humana y con sudor y lágrimas humanas congeladas. De esta forma da un giro al discurso, convirtiendo en desoladoramente trágico el razonamiento que hasta el brusco final nos estaba mostrando un aire entre irónico y jocoso. En este final del razonamiento se nos da también la situación del escenario. Estamos en Madrid, pues ha hecho una breve alusión al rastro. La segunda parte del texto que hemos acotado está formada por una serie de disgresiones del autor en torno al espíritu de las gentes que han sido capaces de improvisar semejantemente. La primera parte es la de la historia de los gentes que han sido capaces de vivir en las grandes viviendas y al impulso creador que les ha animado a vivir en las grandes viviendas.

hacerlas. Sigue el tono de epopeya a través de una serie de oraciones exclamativas en las que interfiere comparaciones con otras formas de vida y otras civilizaciones, dándonos a entender que estas gentes forman un mundo aparte de la civilización tradicional ortodoxa. Alude a un mundo que puede ser interesante tanto para el artista como para el sociólogo.

Ahora el autor ha transformado la admiración por la reflexión interior. ¿Por qué ir a estudiar las costumbres humanas hasta la antipódica isla de Tasmania? A partir de aquí cambia el modo del verbo en la construcción de las frases que restan para terminar el párrafo. Sólo utiliza el subjuntivo, como si aquí no viéramos, como si el tabú del incesto no fuera, como si la creencia en un ser supremo no se correspondiera, como si el hombre no fuera el mismo. De esta manera da a sus reflexiones un aire dubitativo entre lo real y lo posible. Combina así una serie de matices que, por contraria, no son de la vida. En este caso, los artistas de este castelo adquieren fuerza y consiguen obtener el interés.

pacto deseado en el lector. Asistimos a la mezcla de hormigas, abejas y el castor norteamericano con el sociólogo, el artista, las fuerzas de orden público, el tabú del incesto, las civilizaciones primitivas y el grupo achabolado. Nos habla de materia gárrula de vida, en el sentido de ruidosa y chirriante a la vez que colorista, y la compara con las más perfectas creaciones de especies inteligentes. La mordacidad es evidente. Estamos pues ante un texto que pertenece al género de la narrativa. Es un fragmento apretado y abigarrado en el que las imágenes se entremezclan y saltan con fuertes contrastes, abundan las comparaciones un tanto paradójicas e hiperbólicas. El sustantivo arropado por abundantes adjetivos adquiere unas connotaciones significativas de gran profundidad y sustenta en gran parte la carga irónica del fragmento. Finalmente diremos que los dos párrafos seleccionados son los que más nos gustan. Los dos párrafos seleccionados guardan una cohesión interna, el primero descriptivo, el segundo reflexivo y ambos profundos.

El efecto narrativo se consigue presentando con valores exageradamente positivos lo que es tenido por todo lo contrario, es decir, se fabrica un modelo negativo para obtener una reflexión en el lector. No se nos dice qué horror, las chabolas, sino qué maravillosa capacidad de improvisación. En cualquier caso, despierta en nosotros el sentimiento de rechazo hacia esta forma inhumana de vida. Contexto literario de la obra y su autor. El fragmento pertenece a la novela Tiempo de silencio, de Luis Martín Santos. Aparece el libro en 1962, pero la trama se localiza en otoño de 1949 en Madrid. Con un conocimiento profundo de los usos lingüísticos, el autor nos presenta bajo un prisma profundamente analítico la historia de la novela. Contexto literario de la obra y su autor.

la ciudad de aquellos años y sus diferentes formas de vida, desde los cenáculos en que la aristocracia intelectual escuchaba las conferencias filosóficas de Ortega y Gasset, hasta los bailes verbeneros de chachas y soldados, pasando por el submundo de los arrabales en que la habilidad y la delincuencia afloran fácilmente. Todo ello a través de la mirada de un joven médico que hace sus primeros trabajos de investigación en el laboratorio de un hospital, suponemos que el de San Carlos. La novela tiene, pues, cierto carácter autobiográfico, ya que el propio autor ejercía como psiquiatra. Luego, suponemos que está de algún modo evocando sus propias experiencias de los primeros tiempos de ejercicio de la profesión. La novela supone una reacción respecto de las corrientes literarias de la narrativa española de los años 50, que desarrollaba una técnica descriptiva demasiado lineal, muy influida por el realismo y por algunos autores del 98. Él pretendió renovar el estilo.

Así mezclaba lo real y lo imaginario, trastocaba los valores literarios tradicionales y alteraba las formas de narrar siguiendo al gran maestro de la novela contemporánea, Joyce. Sublimaba lo que carece de atracción, deteniéndose en detalles y descripciones

inverosímiles. Hacía enumeraciones larguísimas, semejantes a las letanías de Joyce, de lo que no es relevante para la narrativa tradicional. En una palabra intentaba un camino nuevo sin olvidar la trayectoria literaria de sus predecesores en el género. Es innegable el influjo que en él ejerció el más expresionista de los autores del 98, Baroja. El escritor que despuntaba en esta novela, que tiene mucho de ensayo literario, de búsqueda de derroteros, que pretende descubrir el fondo sin fijarse en la superficie o mejor desdeñándola, muere en accidente de coche en 1964 a los 40 años de edad, lo que supone una pérdida indudable para la novela. La narrativa. Solo dejó esta novela. El resto de sus escritos...

son una serie de ensayos médico-filosóficos en torno a los problemas mentales de la sociedad de nuestro tiempo. Para terminar diremos que la intención comunicativa del autor con el lector está basada en la aguda ironía del texto que se funda en la presuposición de que ambos son contrarios al fenómeno que se describe, es decir, comunicación lingüística en función no de lo que se dice sino de lo que no se dice. A partir de esta conexión el lector entra en el juego lingüístico del autor y se identifica con él. Y esto es ya el final del curso de acceso a la universidad y también del tiempo de la Universidad Nacional de Educación a Distancia. Mañana volveremos a la misma hora y estaremos en las mismas emisoras. Hasta entonces, buenas noches.

¡Suscríbete al canal!